

de *Moi*, pero después se dedicó a la política y a la propaganda; está el talentoso y cultivado André Gide. Está Anatole France, muy admirado en su tiempo e injustamente despreciado en el nuestro. Está Moréas, un griego, cuyo *Stances* fue muy admirado por Leautaud y a quien tenía simpatía por su modestia, su bondad y su vida bohemia; está Apollinaire, un polaco que fue muerto en la Primera Guerra Mundial; está Paul Valéry...".

Por último, Maugham comenta las tres novelas de Goethe, *Las Cuitas de Werther*, *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* y *Las Afinidades Electivas*. Lo hace, dice Maugham, porque le agrada, "y si hay una mejor razón para escribir algo, aún no la conozco". Utiliza el mismo método de los ensayos anteriores, relacionando los argumentos a los hechos personales en la vida del insigne alemán. Goethe emerge como una figura de dimensión humana. Volvemos a mirarlo con un sentido de proporción que tiende a perderse en la leyenda y la fabulosa calidad de su genio creador. *Ultimos Puntos de Vista* es lectura obligada para el admirador de Somerset Maugham, pero más aún para el hombre de letras. El primero admirará, como siempre, la sencillez y amenidad del estilo, y el segundo apreciará también el fino espíritu discriminatorio y la cultura acabada que se esconden detrás de la máscara.

A. T.

<https://doi.org/10.29393/At402-124LCAT10124>

*La Campana*, de IRIS MURDOCH.

Editorial del Nuevo Mundo, Santiago, 1960.

Profesora de filosofía en la Universidad de Oxford, Iris Murdoch ha escrito seis novelas, cada una de las cuales evidencia los rasgos de su difícil disciplina. A su manejo del símbolo y del concepto abstracto trasladado al terreno de la ficción, une Iris Murdoch un conocimiento de la realidad externa, de la vida expresada en términos cotidianos que, tomados en conjunto, confieren a sus libros una solidez que la colocan entre los más señeros valores de las letras contemporáneas. En *La Campana*, tenemos la oportunidad de apreciar un ejemplo acabado de su maestría. Esta novela, la cuarta que escribiera, ha sido traducida al castellano por José Manuel Vergara, y su versión capta, hasta donde es posible hacerlo, el sabor del original. Se observa el evidente aprecio del novelista nacional por la calidad maciza que emana de la escritora inglesa, en el cuidado de la prosa en cada párrafo, en cada imagen, en la traslación de términos a un equivalente pasable y digno. Esto lo he podido comprobar mediante la comparación de ambas versiones. Ya quisieran otros autores extranjeros contar con un intérprete de la calidad de Vergara, a quien, a más de cierta afinidad personal con las características propias de Iris Murdoch, la ayudan su indudable conocimiento de la literatura anglosajona y del clima social imperante en la Gran Bretaña de postguerra.

Iris Murdoch irrumpió en el ambiente literario de su país hace aproximadamente nueve años con *Under the Net* (Bajo la Red), novela que los críticos colocaron entre las expresiones de protesta, conjuntamente con las

obras primerizas de Kingsley Amis, John Wain y John Osborne, entre otros. El "nuevo héroe" repudia el conformismo y toda manifestación social establecida, rechaza la ortodoxia cómoda de la burguesía, los distingos clasistas que en Inglaterra tienen un bien sentado arraigo, y todo derrotero que tienda a esclavizar al hombre a su medio. Esta literatura de protesta abrió nuevos surcos mediante la inclusión de ambientes sociales relativamente inexplorados, como ser la clase trabajadora de provincias —pero sin caer en la trampa de un equivalente "criollista"— y tiene su origen en las dislocaciones socioeconómicas causadas por el "Welfare State" en la década posterior a la Segunda Guerra Mundial. Pero si bien Jake Donoghue, el "héroe" de *Under the Net* comparte algunos rasgos comunes con Jim Dixon, Charles Lumley y Jimmy Porter, igualmente "héroes" de aquella escuela iracunda, asimismo se distingue de ellos por medio del elemento fantástico que se confunde con el realismo del relato. Y el tiempo ha demostrado que la ruta a seguir por nuestra escritora iría a ser muy distinta de los escritores con los cuales se la identificó en aquella época.

Jake no protesta; no es el odio la motivación fundamental de su *malaise*, sino que la inseguridad, el escepticismo en que se debate el individuo contemporáneo. La novela, entonces, se torna en un símbolo total de una búsqueda de valores, llevada a cabo contra un fondo concreto y palpable como lo constituyen las calles y los bares londinenses. Ya, entonces, desde un comienzo se perfila una notable diferencia entre Iris Murdoch y los otros novelistas de postguerra con su énfasis en la clase y el dinero.

En *La Campana*, Iris Murdoch examina, contra un fondo real, nuevos aspectos de aquella exploración espiritual. Esta Dora Greenfield, una joven de veintiún años que se ha casado con Paul, historiador del arte, egoísta y dominante. Su único deseo es integrarla entre sus posesiones y objetos artísticos que adornan su elegante departamento de Knightsbridge, lujoso barrio residencial. Paul no comprende el encanto espontáneo de su mujer ni su natural desorden, que en su concepto es una flaqueza fácil de subsanar. Ella busca una personalidad propia en que pueda basar su lucha contra la voluntad sofocante de su marido. Habituada a las costumbres superficiales de una juventud extravertida, sus experiencias entre los miembros de una comunidad religiosa la conducen finalmente a la clarificación y profundización de sus ideas. Logra encontrarse a sí misma, penetrando a la vez en la verdad que se oculta detrás del arte. Allí descubre su tabla de valores, entre los cuadros de la National Gallery, en que algún artista ha captado para siempre el momento fugaz de una experiencia. Está Michael, el jefe de la comunidad, llamada Imber Cour. El también busca su real estatura espiritual mediante un acercamiento a Dios, de acuerdo con su temperamento que le impulsa hacia el sacerdocio. Pero sus anhelos se han visto frustrados por su tendencia homosexual, presentada en forma muy fina y comprensiva por la novelista. Ello actúa a modo de barrera insuperable en su desenvolvimiento. Está James Tayper Place, de carácter esencialmente masculino, que cree que la única manera de encontrar a Dios yace en la ciega obediencia a moldes rígidos preestablecidos. La fe vendrá después. Está Toby, el

hermoso adolescente henchido de ideales, cuya admiración por la vida dedicada de la comunidad sufre un trastocamiento paulatino. Siente la presencia de Dora Greenfield y sucumbe ante el encanto sensual de la mujer. Está Catherine, la bella "santa" de la comunidad, pronta a convertirse en monja, pero cuyo amor por Michael, sostenido en silencio, es más fuerte que su apego a Dios.

Contiguo a la comunidad de aficionados —con su carga de pecado que hace imposible la verdadera comunión divina— está el convento, con sus monjas entregadas al culto total y profundo. Iris Murdoch parece decirnos que aquí se encuentra una realidad, una verdad indudable, en contraste con la exploración efímera de los seres que habitan Imber Court. Lo real y lo supuesto se encuentran lado a lado, como en la vida. Pero la escritora no recurre a la ironía en su tratamiento de Imber Court, sino que retrata los hechos y personajes a la luz de su esfuerzo por identificarse con un ideal. La sinceridad del intento dignifica al grupo; pero hay fuerzas poderosas contra las cuales éste se encuentra impotente. Ellas penetran y dejan su semilla.

La trama es compleja, las relaciones y conflictos apasionantes y desarrollados en toda su lógica. La disolución de la comunidad es el resultado inexorable de los acontecimientos, los que concluyen en tragedia para uno y luz para los otros.

En contraste con los personajes está la naturaleza, descrita con tal fuerza que el paraje asume las propiedades de un protagonista. El lago en la lluvia, en plenilunio, bajo el sol de verano, se identifica con el estado subjetivo de determinadas personas a la vez que apuntan a la perennidad imperturbable de los elementos. En la comunidad todos trabajan; a lo largo de la narración existe el movimiento y las labores propias del agro. Y esto también tiene su significado, porque Iris Murdoch no olvida que la vida del hombre se desarrolla, a la vez que en un plano espiritual, en un plano físico.

Es éste un libro rico en sugerencias y de vital contenido para nuestros días.

A. T.

*Elegías*, de CHELA REYES.

Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1962, 52 pp.

Con excelente ilustración de Luis Meléndez aparece esta nueva colección de poemas pertenecientes a Chela Reyes. Algunas opiniones transcritas en la solapa del libro dan cuenta de la estima en que la tienen figuras como Ricardo Latcham y Gabriela Mistral. Latcham afirma: "...Chela Reyes ha sabido dar lo mejor de su temperamento en una asociación curiosa de hondura psíquica y de amor a la naturaleza, la que aquí surge estilizada y sometida a una sutil experiencia, que es ajena a toda retórica superficial". Gabriela Mistral, por su parte, define la poesía de Chela Reyes como una poesía "sin banalidad, rara en mujer joven, sin falsedad, como ya sedimentada por el tiempo". Ambos elogios se refieren a obras anteriores de la poetisa, y